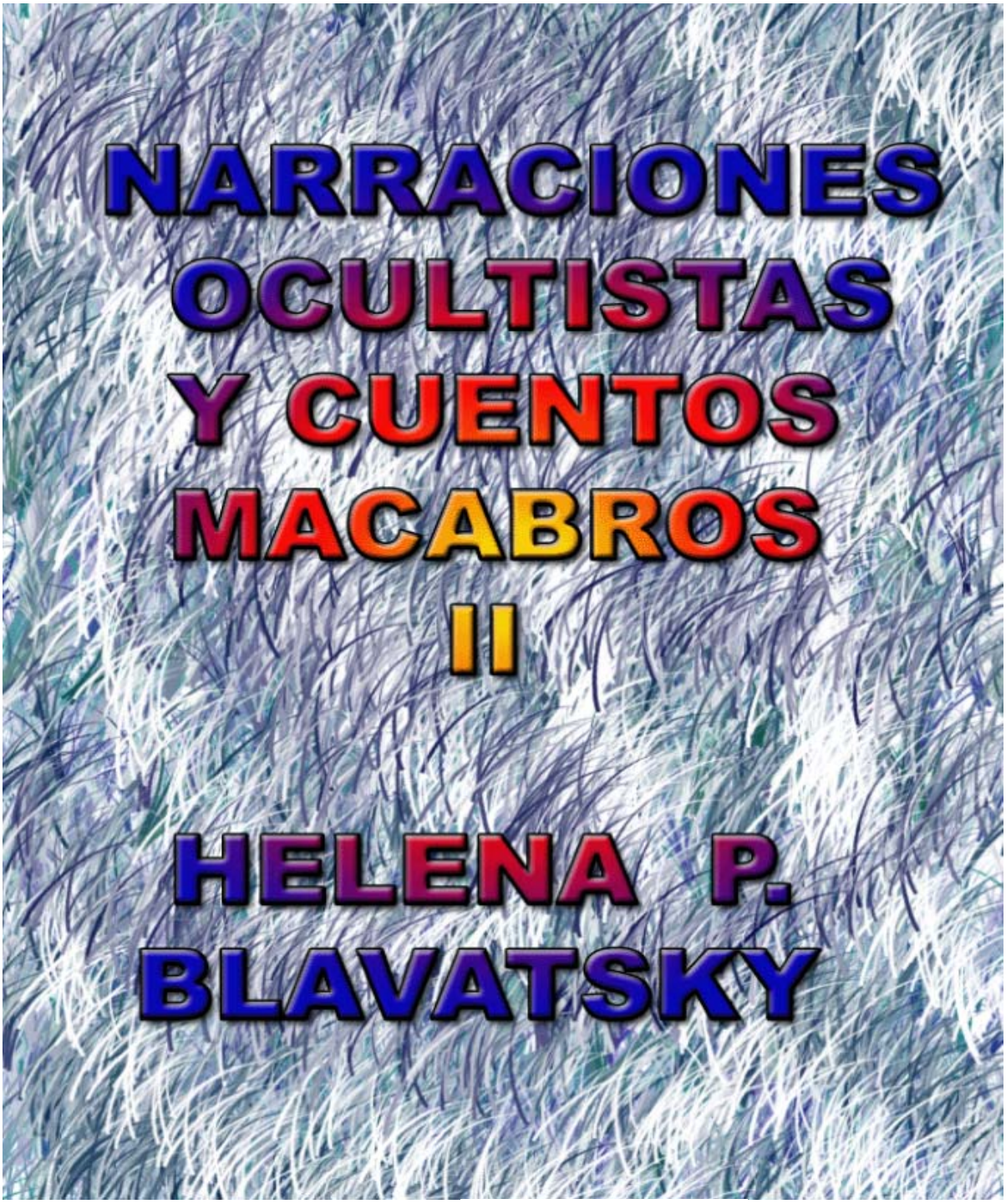
LIBRO dot.com

NARRACIONES OCULTISTAS Y CUENTOS MACABROS II

HELENA P. BLAVATSKY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NARRACIONES OCULTISTAS
Y CUENTOS MACABROS
II

INDICE

La hazaña de un Gossain hindú

Demonología y magia eclesiástica

Asesinato a distancia

La mano misteriosa

LA HAZAÑA DE UN GOSSAÍN HINDÚ

En la India, como en la China, el Japón y en otras partes de Oriente, es innegable que existen juglares o prestidigitadores, algunos de los cuales superan en sus habilidades a cuanto conocemos aquí en Occidente. Pero estos juglares distan de alcanzar a realizar los prodigios que ejecutan los faquires, tales como el del crecimiento extraordinario del "mango", descrito por el Dr. Carpenter en estos términos:

"La mayoría de los que han visitado la India aseguran que es verdaderamente la mayor maravilla que hasta ahora he visto. Que un robusto mango crezca casi de golpe hasta seis pulgadas de altura en un trozo de suelo lleno de hierba no manipulado ni visitado previamente por el faquir, pues de cubierto con un cestillo invertido, y que el mismo arbolito suba desde seis pulgadas hasta seis pies, bajo cestos cada vez mayores y en el intervalo de simple media hora, es cosa prodigiosa, que deja bien atrás a las más vistosas operaciones de juegos de manos de la mismísima médium feminista Miss Nidul".

A propósito del caso que antecede, séame permitido el narrar otro de mi experiencia personal en mis viajes por el Oriente misterioso.

Me hallaba en Carupuz, camino de Benarés, la ciudad santa de los hindúes, cuando a una señora amiga mía le robaron todo el contenido de su maleta: joyas, vestidos y hasta un libro de notas, con el diario que esmeradamente llevaba desde hacía tres meses. Todo había desaparecido misteriosamente del fondo de aquélla, sin que la cerrada cerradura ni los costados de la maleta presentasen la menor huella de violación.

Desde la desaparición de los objetos habían mediado, por lo menos, varias horas; un día y una noche quizá, que es lo que habíamos empleado en visitar las vecinas ruinas ocasionadas por las huestes de Nana Sahib en sus represalias contra los ingleses invasores.

La primera idea que se le ocurrió, naturalmente, a mi amiga, fue la de recurrir a la Policía, y el primer pensamiento mío, por el contrarío, fue el de pedir ayuda a algún santo hombre o gossaln, verdaderos sabelotodo, o en su defecto a un juglar. Pero los prejuicios de nuestra civilización prevalecieron, como siempre, en la decisión de mi compañera, quien perdió más de una semana en pesquisas inútiles y en idas y venidas a la chabatara o prefectura de policía indígena. Cansada ya, accedió, al fin, a mis deseos, y se buscó a un gossaín, que pronto llegó a nuestro bungalow, situado en la orilla derecha del río y dominando todo el panorama del Ganges.

La experiencia se realizó allí mismo en la terraza de la casita, ante la familia toda de nuestro hostelero, mestizo portugués muy amable, dos franceses recién llegados, que se reían impíos de nuestra estúpida superstición, la interesada y yo.

Eran las tres de la tarde. El calor nos sofocaba, no obstante lo cual el santo gossaín, verdadero esqueleto viviente de color de caoba, pidió que cesase de funcionar el gigantesco abanico que para refrescar un poco aquel ambiente de horno estaba suspendido sobre nuestras cabezas. Sin duda, aunque no lo dijo, lo exigía así porque es sabido que las corrientes de aire contrarían la producción de todos los fenómenos magnéticos de índole delicada.

Recordé entonces el famoso procedimiento adivinatorio llamado de la “marmita o cacharro viviente”, que es el instrumento que ordinariamente emplean los hindúes para descubrir el paradero de los objetos perdidos; pues, bajo el influjo del magnetizador que opera, el trebejo en cuestión gira y rueda por el suelo hasta llegar al sitio donde yace el objeto que se busca, y pensé que el gossaín le emplearía también entonces. Pero me equivoqué en mis inducciones.

El gossaín, en efecto, procedió de un modo muy distinto. Pidió le diesen un objeto cualquiera del uso personal de la dueña y que hubiese estado en contacto en el maletín con los perdidos. La señora le entregó entonces un par de guantes, que él estrujó entre sus manos, dándoles muchas vueltas entre ellas corno haciéndolos una pelota. Luego los tiró al suelo; extendió en cruz sus brazos con los dedos abiertos, dando una vuelta completa sobre sí mismo como para orientarse en la

dirección que llevasen los objetos robados. Se Detuvo de repente con un vivo sacudimiento eléctrico, y, se tiró cuan largo era, quedó inmóvil. Se sentó, al fin, con las piernas cruzadas y con los brazos siempre extendidos y en la misma dirección cual bajo un fuerte estado cataléptico.

La operación esta duró una larga hora, tiempo que en aquella sofocante atmósfera constituía para nosotros una verdadera tortura, hasta que instantáneamente nuestro huésped dio un salto hacia la balaustrada y comenzó a mirar hacia el río como extasiado bajo un encanto misterioso. Todos miramos también ansiosos en la misma dirección, viendo venir, en efecto, no se sabe cómo ni de dónde, una masa obscura, cuya verdadera naturaleza nos era imposible discernir.

La mole en cuestión se diría que venía impelida por una fuerza misteriosa, dando vueltas con lentitud primero y con gran rapidez después, como la consabida “marmita giratoria” antes referida. Flotaba la masa como sostenida por invisible barquilla y se dirigía en derechura hacia nosotros como un ave que viniese volando.

Pronto aquello llegó hasta la orilla del río y desapareció entre la maleza de su orilla para reaparecer a poco, rebotando con fuerza al saltar la paredilla del jardín para caer pesadamente, por último, sobre las extendidas manos del santo asceta o gossaín, quien le recogió con un movimiento como automático.

Al abrir entonces el anciano sus antes cerrados ojos, dio un profundo suspiro, apoderándose de él un violentísimo terror convulsivo, mientras que nosotros nos habíamos quedado paralizados de asombro, y los dos franceses, antes tan escépticos, parecían como idiotizados. Levantóse luego el gossaín, desenvolvió la cubierta de lona embreada, dentro de la que, ¡oh, sorpresa!, se hallaban los objetos robados y en buen estado, sin faltar uno; finalmente, sin decir palabra y sin esperar a recibir por su prodigio ni las gracias siquiera por parte de la anonadada dueña, hizo una profunda zalema y desapareció calle adelante, costándonos gran trabajo el alcanzarle para hacerle aceptar a viva fuerza media docena de rupias, que el anciano recibió en su escudilla.

Bien seguro estoy de que este mi verídico relato, que los demás testigos presénciales del hecho pueden atestiguar por sí, parecerá un cuento de hadas a no pocos europeos y americanos que jamás visitaron la India. Pero siempre tendremos en nuestro abono, contra los suspicaces y malévolos análisis telescópicos y microscópicos, e insolentes de nuestros científicos al uso, el testimonio del no menos inexplicable “juego del árbol”, antes copiado del trabajo de nuestro sabio físico el doctor Carpenter…

DEMONOLOGÍA Y MAGIA ECLESIÁSTICA

En la famosa obra de Bodin La Demonomanie; ou traité des Sorciers (París, 1587) se relata una espeluznante historia acerca de Catalina de Médicis. El autor era un ilustre escritor, quien durante veinticinco años estuvo coleccionando documentos auténticos, sacados de los archivos de las más importantes ciudades de Francia, para escribir una obra completa acerca de la hechicería y el poder de "los demonios". Semejante libro presenta, según la gráfica expresión de Eliphas Lévi, la más notable colección que darse puede acerca de "los hechos más sangrientos y espantosos, los más repugnantes actos de superstición, los encarcelamientos y ejecuciones capitales de más estúpida ferocidad".

– ¡Quememos a todo el mundo! –parecía decir la Inquisición –Dios distinguirá fácilmente a los suyos.

Locos infelices, mujeres histéricas e idiotas, eran quemadas vivas, sin compasión alguna, por el crimen de "magia". Pero al mismo tiempo, ¡cuántos y cuán grandes criminales no escaparon a esta injusta y sanguinaria justicia! Esto es lo que nos hace apreciar perfectamente Bodin.

Catalina de Médicis, la piadosísima cristiana que tan meritoria se había hecho a los ojos de la Iglesia de Cristo por la horrenda e inolvidable carnicería de San Bartolomé; la reina Catalina, decimos, tenía a su servicio un sacerdote apóstata jacobino. Sumamente versado en el "negro arte" tan patrocinado siempre por la familia de los Médicis, se había hecho acreedor a la gratitud y protección de su piadosa señora, merced a su destreza sin igual en matar las gentes a distancia y sin responsabilidad, torturando por medio de varios hechizos a sus figuras de cera. El proceso ha sido descrito repetidas veces y apenas necesitamos repetirlo.

Carlos estaba en cama, atacado de incurable dolencia. La reina madre, que con la muerte del paciente iba a perderlo todo, recurrió a la necromancia y quiso consultar el oráculo de la "cabeza sangrienta". Esta operación infernal requería la decapitación de un niño que debía poseer una gran hermosura y pureza. Dicho niño había sido preparado para su primera comunión por el capellán de Palacio, el cual estaba enterado del infame proyecto, Llegado el día señalado para la ejecución de éste, y en punto de la media noche, en el aposento del enfermo y en presencia únicamente de Catalina y de unos cuantos de sus confederados, se celebró la "misa del diablo". Permítasenos citar el resto de la historia tal y como la encontramos en una de las obras de Lévi: "En esta misa, celebrada ante la imagen del demonio teniendo bajo sus pies una cruz invertida, el hechicero–sacerdote consagraba dos hostias, negra y grande la una, blanca y pequeña la otra. Esta se dio al niño, al cual conducían vestido de blanco como para el bautismo, y a quien mataron en las mismas gradas del altar inmediatamente después de su comunión. La cabeza, separada de un solo golpe del tronco, fue

colocada, aún palpitante, sobre la gran hostia negra que cubría a la patena, y luego fue dejada encima de una mesa, en la cual ardían algunas lámparas fúnebres. Comenzó entonces el exorcismo. El demonio tenía que pronunciar un oráculo y contestar por mediación de la cabeza cortada a una pregunta secreta que el rey no se atrevía a pronunciar en alta voz y que no había sido comunicada a nadie…En aquel momento, una voz débil, una extraña voz que nada tenía ya de humana, se dejó oír en la cabeza del infeliz y pequeño mártir…" Pero de nada sirvió semejante crimen de hechicería, porque el rey murió y… ¡Catalina de Médicis continuó siendo la fiel hija de Roma! Y es lo notable, que el escritor católico Des Mousseaux, que en su Demonología usa con tan excesiva libertad los materiales de la obra de Bodin para formular su formidable acusación contra "los espiritistas y otros hechiceros", haya pasado cuidadosamente por alto tan interesante episodio.

Es también un hecho bien probado que el Papa Silvestre II fue acusado públicamente por el cardenal Benno de encantador y hechicero. La "cabeza oracular" de bronce fabricada por Su Santidad, era de la misma especie que la construida por Alberto Magno, que fue hecha pedazos por Tomás de Aquino, no porque fuese obra del demonio o por él estuviese habitada, sino porque el espíritu que estaba encerrado en ella por la fuerza magnética, hablaba sin parar como una taravilla, y su charla continua impedía al elocuente santo el trabajar en sus problemas filosóficos. Semejantes cabezas y hasta estatuas parlantes completas, solemnes trofeos de la ciencia mágica de monjes y obispos, eran meros "facsímiles" de los dioses "animados" de los antiguos templos. La acusación contra el Papa resultó cierta en aquella época, y se le probó también que estaba acompañado constantemente de "demonios" o "espíritus". En el capítulo anterior hemos ' mencionado a Benedicto IX, a Juan XX y a los Gregorios VI y VII, todos los cuales eran conocidos como magos. Este último Papa era, además, el famoso Hildebrando, del cual se ha dicho que era tan diestro "en hacer salir rayos de la bocamanga de su vestido", que ello dio motivo al respetable escritor espiritista Mr. Howitt, para creer que era tal el origen del célebre "rayo del Vaticano".

En cuanto a las hazañas mágicas del obispo de Ratisbona y del "angélico" doctor Tomás de Aquino, son demasiado conocidas para relatarlas de nuevo. Si el prelado católico era tan hábil para hacer creer a las gentes durante una cruda noche de invierno que estaban gozando de las delicias de un espléndido día de verano, y que los carámbanos pendientes de las ramas de los árboles del jardín eran otros tantos frutos tropicales, también los magos de la India, aun hoy mismo, y sin necesidad de dios ni diablo alguno fuera de su conocimiento de leyes no conocidas de la Naturaleza, pueden poner en juego ante su asombrado público semejantes poderes biológicos, pues que todos estos pretendidos "milagros", son producidos por un mismo y dormido poder humano que nos es inherente a todos, cifrándose sólo el problema en saber desarrollarlos.

Durante lo época de la Reforma el estudio de la magia y de la alquimia había adquirido tal preponderancia entre el clero, que dio lugar a los mayores escándalos. El cardenal Wolsey fue

acusado públicamente ante el Tribunal y el Consejo privado, de complicidad con un hombre llamado Wood, conocidísimo como hechicero, y el cual declaró: “Mi señor, el cardenal, posee un anillo de tal virtud que cualquier cosa que desea de la gracia de los reyes le es concedida…”, añadiendo: “Maese Cromwell, cuando servía como criado en casa de mi señor el cardenal…, leía muchos de sus libros y especialmente el llamado Libro de Salomón, y estudiaba las virtudes que, según el canon del rey, poseen los metales todos”. Este caso, juntamente con otros igualmente curiosos, pueden verse entre los papeles de Cromwell, en la oficina de Archivos de la Casa de Documentos públicos.

En dicho Archivo se conserva asimismo una relación de las aventuras de cierto sacerdote llamado William Stapleton, que fue preso como conjurado durante el reinado de Enrique VIII El sacerdote siciliano a quien Benvenuto Cellini llama nigromántico, se hizo famoso por sus afortunadas conjuraciones en las que no fue molestado jamás. La notable aventura que con él tuvo Cellini en el Coliseo de Roma, en donde el sacerdote conjuró a una legión entera de diablos, es harto conocida del público ilustrado. Por supuesto que el subsiguiente encuentro de Cellini con su amiga, predicho y anunciado con todos sus detalles por el conjurador, en el tiempo preciso fijado por él, será considerado siempre por los frívolos y los escépticos como una “mera y curiosa coincidencia”.

A últimos del siglo XVI, con dificultad podía encontrarse la más ínfima parroquia en la cual no se entregasen sus vicarios al estudio de la magia y de la alquimia. La práctica del exorcismo para expeler los diablos al modo de como lo realizase Cristo –quien, dicho sea de paso, no empleó jamás tal procedimiento –condujo al clero a la “sagrada magia” en oposición al “negro arte”, de cuyo crimen eran acusados todos cuantos no era monjes o sacerdotes. Los conocimientos ocultos espigados por la Iglesia Romana en los, en otro tiempo fértiles, campos de la Teurgia, los reservaba ella cuidadosamente para su propio uso, y enviaba únicamente al patíbulo, mediante la Inquisición, a cuantos prácticos cazaban furtivamente en los campos de aquella Ciencia de ciencias. Los anales de la Historia así lo comprueban. “Sólo en el transcurso de quince años (1580 a 1595) –dice Tomás Wright en su obra Magia y Hechicería –y en el limitadísimo territorio de la Lorena, el inquisidor Remigius quemó implacable a unos novecientos brujos de ambos sexos”. En tales tiempos publicaba Bodin su célebre obra dicha.

Así, mientras que el clero ortodoxo evocaba legiones enteras de “demonios” por medio de encantos mágicos sin ser molestado por las autoridades, con tal que no enseñase ninguna Herejía y se mantuviese fiel a los dogmas establecidos, se perpetraban, por otra parte, actos de inaudita crueldad en las personas de pobres locos. Por ejemplo, Gabriel Malagrida, anciano de ochenta años, fue quemado por estos verdugos estilo Jack Ketches, en 1761. Existe en la biblioteca de Amsterdam una copia de su famoso proceso, traducido de la edición de Lisboa. Malagrida, en efecto, fue acusado de hechicería y de mantener pacto con el diablo, el cual ¡le había revelado lo futuro!…La profecía comunicada por “el enemigo del género humano” al pobre jesuita visionario aquél, está concebida en

estos términos: "El reo ha confesado que el demonio, bajo la forma de la bienaventurada Virgen María, le ha ordenado el escribir la vida del Anticristo; que tenían que existir, a bien decir, tres Anticristos sucesivos, y que el último nacería en Milán del sacrílego comercio de un fraile con una monja, en 1920…", y otras enormidades más a este tenor.

…Bajo este tan cristiano estandarte, y en el breve espacio de catorce años, Tomás de Torquemada, confesor de la reina Isabel la Católica, quemó a más de diez mil personas y sentenció al tormento a otras ochenta mil. Orobio, el famoso escritor que, por espacio de tanto tiempo permaneció encarcelado escapando difícilmente a la hoguera, inmortalizó esta institución en sus obras una vez que se vio libertado en Holanda, no encontrando mejor argumento contra la Santa Iglesia que abrazar la fe judaica, y hasta someterse a la circuncisión.

…Granger, por su parte, nos refiere la historia de aquel famoso caballo a quien, por artes mágicas, se decía que se le había enseñado a señalar los lugares en un mapa y la hora en el reloj. El caballo y su dueño fueron acusados por el Santo Oficio de tener pacto con el demonio y ambos fueron quemados, con gran ceremonia, como hechiceros, en un auto de fe celebrado en Lisboa el año de 1601. Tamaña institución del Cristianismo llegó a tener hasta su correspondiente Dante que la inmortalizase: "Macedo, jesuita portugués –dice el autor de la Demonología –descubrió el origen de la Santa Inquisición nada menos que en el paraíso terrenal, pretendiendo que el mismo Dios fue el primero que empezó a desempeñar el oficio de inquisidor, tanto con Caín como con los impíos fabricantes de la Torre de Babel".

Ciertamente, añadimos, que en ninguna parte fueron más practicadas por el clero las artes de la hechicería y de la magia que en España y Portugal, debido a que los moros habían estado siempre versadísimos en las ciencias ocultas, y a que en Toledo, Salamanca, Sevilla, etc., existieron grandes escuelas de magia. Los cabalistas salmantinos es fama que eran muy expertos en todas las ciencias ocultas; conocían las virtudes de las piedras preciosas y habían arrancado a la Inquisición sus más preciados secretos.

El cura de Barjota, de la diócesis española de Calahorra, vino a ser la maravilla del siglo XVI por sus mágicos poderes. El más extraordinario de sus hechos era el de poderse trasladar a los países más distantes, presenciar en ellos los más interesantes sucesos y profetizarlos luego al volver a su vicaría. Añade la Crónica que el cura contaba al efecto con un demonio familiar, pero que luego fue ingrato con éste, dándose trazas para engañarle. Informado por el tal demonio acerca de una conspiración que se tramaba contra el Papa por sus galanteos excesivos con cierta hermosa dama, el buen cura se transportó en doble astral a Roma, salvando así la vida de Su Santidad. Después de ello se arrepintió; confesó sus pecados al galante Papa, y fue absuelto. "A su regreso de Roma, y por mera fórmula, fue puesto bajo la custodia de los inquisidores, pero fue perdonado y recobró su libertad al poco tiempo".

Fray Pedro, monje dominico del siglo XVI –el propio mago que se dice regaló al famoso licenciado Eugenio Torralba, médico del almirante de Castilla, un demonio llamado Ezequiel –debió su mucha fama al subsiguiente proceso que por ello hubo de descargar sobre el antedicho Torralba. El extraordinario proceso está descrito en los documentos que se conservan en los Archivos de la Inquisición. El cardenal de Volterra y el de Santa Cruz testimonian que vieron a Ezequiel y tuvieron íntimos tratos con el mismo, quien, a la postre, resultó ser, durante el resto de la vida de Torralba, un elemental puro y bondadoso, que llevó a cabo mil acciones benéficas y se mantuvo fiel a dicho médico hasta el último momento de su vida. La propia Inquisición, teniendo en cuenta esto, absolvió a Torralba, y, aunque la sátira de Cervantes le ha asegurado una fama inmortal, ni Torralba, ni el monje Pedro son unos héroes ficticios, sino personajes históricos, citados en los documentos eclesiásticos que existen en Roma y en Cuenca, en cuya ciudad se ventiló el proceso el día 29 de Enero de 1530.

El libro del Dr. W. G. Soldan, Geschichte der Hexen procese, aus den Quellen dargestelli, de Stutgart, ha llegado a ser tan famoso en Alemania como en Francia lo fuera la Demonología, de Bodin. Es el tratado alemán más completo sobre la hechicería en el siglo XVI, y cuantos sientan interés por saber las secretas maquinaciones que motivaron aquellos asesinatos a millares perpetrados por un clero que pretendía creer en el diablo, las encontrará divulgadas en dicha obra. El verdadero origen de las diarias acusaciones y sentencias de muerte por hechicería es hábilmente atribuido a enemistades políticas y personales, en especial al odio de los católicos contra los protestantes. La astuta labor de los jesuitas se manifiesta en cada una de las páginas de aquellas sangrientas tragedias, y en Bamberg y Wurzbourg, donde estos dignos hijos de Loyola eran más poderosos por aquel tiempo, eran donde con más frecuencia se presentaban los casos de hechicería.

Los falsificadores eclesiásticos que acusan a la magia, al espiritismo y hasta el magnetismo de ser producidos por el demonio, o han olvidado o jamás han leído a los clásicos. Ninguno de nuestros hipócritas han mirado con más desprecio los abusos de la magia como el verdadero iniciado de la antigüedad. Ninguna ley medieval ni moderna pudo ser tan severa como la del hierofante, porque si bien expulsaba al brujo “inconsciente”, a la persona perturbada por un demonio, del interior de los templos, los sacerdotes, en lugar de quemarlos despiadadamente, cuidaban con tierna solicitud al infeliz “poseso” en hospitales donde se le devolvía la salud. Pero respecto de aquel que, por medio de hechicería consciente, había adquirido poderes peligrosos para sus semejantes, los sacerdotes de la antigüedad eran severísimos. “Cualquier persona accidentalmente culpable de homicidio, o convicta de brujería era excluida de los misterios de Eleusis” –dice Taylor en su obra Los Misterios báquicos y eleusinos –La pretensión de Agustín de que todas las explicaciones dadas sobre ello por los neoplatónicos eran invenciones de éstos, es absurda, por cuanto casi todas ellas están expuestas, más o menos explícitamente, por el propio Platón. Los Misterios son tan antiguos como el mundo, y

cualquiera bien versado en el esoterismo de las mitologías de las diversas naciones puede seguir sus huellas hasta los días del período antevédico en la India. En ésta se exige al candidato a la iniciación la virtud y pureza más estrictas, tanto si pretende ser un Sannyasi, un santo, como si desea ser un Purohita o sacerdote público, bien, en fin, si se contenta con ser un mero faquir… ¡Indudablemente el ejercicio de las virtudes exigidas aún para este último caso, es incompatible con la idea que aquí en Occidente tenemos del culto diabólico y de sus lascivos fines!…

Estos faquires, aunque no pueden pasar nunca del primer grado de la iniciación, son, no obstante los únicos agentes entre el mundo de los vivos y los "silenciosos hermanos", o sannyasis, quienes jamás cruzan ya los umbrales de sus sagradas viviendas. Los fukarayoguis están eternamente adscriptos a sus templos y, ¿quién sabe si estos cenobitas, aislados así del mundo profano, tienen que ver mucho más de lo que comúnmente se cree, con los fenómenos psicológicos operados siempre bajo su oculta dirección por los faquires, tan gráficamente descriptos por Luis Jacolliot…, ese "escéptico y empedernido racionalista" como él mismo se jacta de ser en su obra L´Espiritisme dans le monde?…No obstante su incorregible racionalismo, este autor francés se vio obligado a admitir las mayores maravillas respecto de los faquires, vistas por su propios ojos en su larga residencia en la India.

Por regla general los brahmanes –dice Jacolliot –rara vez pasan de la clase de grihastas o sacerdotes de las castas vulgares, y purohilas, exorcistas, adivinos, profetas y evocadores de espíritus. Y no obstante vemos…que estos iniciados del grado inferior se atribuyen, y parecen poseer en efecto, unas facultades desarrolladas hasta un grado tal, que jamás han sido igualadas en Europa. En cuanto a los iniciados pertenecientes a la segunda y en especial a la tercera categoría, tienen la pretensión de no conocer el tiempo ni el espacio, y de ser hasta dueños de la muerte y de la vida. Iniciados de estas clases confiesa Jacolliot que no los encontró nunca, porque, –añade –"no se les ve jamás ni en las cercanías ni aun en el interior de los templos, excepto en la fiesta lustral del fuego sagrado. En esta ocasión aparecen a media noche, en una plataforma erigida en el centro del estanque sagrado, cual otros tantos espectros, e iluminando el espacio con sus conjuros. Una brillante columna de luz se eleva en torno de ellos desde el suelo al cielo; surcan el aire los más extraños sonidos y los cinco o seis mil fieles llegados de todos los puntos de la India para contemplar un instante a aquellos semidioses, se prosternan invocando a las almas de sus antepasados queridos".

ASESINATO A DISTANCIA

Cierta mañana de 1867, una espantosa noticia conmovió a todo el Oriente europeo: Miguel Obrenovitch, rey de Servía; su tía Katinka, o Catalina, y la hija de ésta, habían sido asesinados en pleno día en el propio jardín de su palacio, sin saberse quiénes fueran los asesinos. El príncipe estaba cosido materialmente a puñaladas y acribillado a tiros; la princesa Catalina tenía deshecha la cabeza a golpes, y su joven hija agonizaba a consecuencia de sus heridas. Todas las circunstancias del terrible crimen causaron, como era natural, una excitación y una ansiedad general rayanas en la locura.

Desde aquel instante cruel, de Bucarest hasta Trieste, así en el Imperio austriaco como en todos los países dependientes del dudoso protectorado de Turquía, ningún aristócrata de sangre, ni príncipe, se creyó seguro y se extendió doquiera el rumor de que aquel crimen político había sido ejecutado por Tzerno–Guorgey, o sea por el príncipe Kara–Georgevitch. Numerosos inocentes fueron encarcelados, mientras que, como suele suceder siempre, lograron escapar los verdaderos regicidas. Un niño, muy amado en Servia, próximo pariente de las víctimas, fue sacado de un colegio parisiense, conducido con toda pompa a Belgrado y coronado como rey de Servía bajo el nombre de Hospodar.

Dado lo que son en todos los pueblos las pasiones políticas, la tragedia de Belgrado se olvidó, borrándose con ello las rivalidades y odios que ella despertara. Pero había una anciana matrona servía, ligada por los más íntimos afectos a la familia de los Obrenovitch, y que, como Raquel, no se avenía fácilmente a consolarse con la muerte de los suyos. Proclamado el joven Obrenovitch, sobrino que era del príncipe asesinado, la matrona misteriosa vendió su patrimonio y desapareció de la vista de todos, no sin jurar antes, sobre la tumba de las víctimas, que las vengaría.

Quien escribe esta verídica historia había pasado unos días en Belgrado tres meses antes de cometerse el crimen, y conocía a la princesa Katinka, que era una criatura muelle, abúlica, pero llena de bondad, y una perfecta parisina por su excelente trato y educación. En cuanto a los personajes que figuran en esta narración, como aún viven, ocultaré su s nombres bajo sus iniciales.

La anciana servía aquella de nuestro relato, que de tal manera había jurado venganza, salía muy poco de su casa, ni aun para visitar de tarde en tarde a su amiga la princesa Katinka. Lánguidamente reclinada sobre tapices y orientales almohadones y ataviada

con el típico vestido nacional, recordaba a la propia Sibila de Cumas en sus días de tranquilo reposo y alejamiento del mundo.

Cierto que se contaban extrañas historias acerca de los conocimientos ocultos de aquella solitaria mujer, circulando entre los huéspedes reunidos alrededor del hogar de nuestra modesta

posada relatos aterradores, capaces de poner los pelos de punta al más valiente. El primo de una solterona tía de nuestro obeso posadero, había caído cierto día bajo la garra de un vampiro cruel que estuvo a punto de desangrarle y matarle con sus continuadas visitas nocturnas. Vanos fueron los esfuerzos del pobre cura de la parroquia que le exorcizara, y ya desesperaban todos acerca de la victima, cuando Gospoja P. –así llamaré desde ahora a la misteriosa sibila –le curó al joven, ahuyentando al espíritu obsesor con sólo amenazarle con el puño y reprenderle en su propia lengua. Allí, en Belgrado fue, pues, donde aprendí el curioso detalle de que todos los fantasmas tienen un lenguaje peculiar suyo.

Añadamos también que Gospoja P., o séase la anciana en cuestión, tenía como sirviente a una joven gitana de unos catorce años, procedente de Rumania, gitana llamada a desempeñar un gran papel en este espantoso relato. Quiénes fueron los padres de la muchacha y cuál el lugar de su, nacimiento, lo ignoraban todos, incluso ella misma. A mí se me contó que una tropa de vagabundos la habían abandonado un día en el patio de la Gospoja P., y que ella respondía por el nombre de Frosya o “la niña sonámbula”, por su rara anormalidad de dormirse sonambúlicamente a la menor insinuación y de hablar en este estado cual una médium autómata.

Por aquel entonces viajaba yo mucho. Diez y ocho meses después del asesinato del príncipe servio, recorría la pintoresca comarca italiana de Banat en un carricoche de mi propiedad, para el que iba alquilando sucesivamente caballo en las localidades que visitaba.

Cierto día de mi peregrinación, extasiada con la contemplación de las bellezas del paisaje, estuve a punto de atropellar, distraída, a un anciano sabio francés, quien, como yo, recorría, aunque a pie, aquellos lugares. Simpatizamos ambos, y sin ceremonias enfadosas, aceptó el puesto que yo le ofrecí de buena voluntad a mi lado, un modesto asiento de heno en mi carro, de constante traqueteo. El nombre del científico francés era célebre en las Sociedades consagradas a los estudios del magnetismo y sus similares, como uno de los mejores discípulos de Dupotet.

– ¡Cuánto me alegro de nuestro encuentro! –me dijo mi sabio compañero en el curso de nuestra científica conversación. En esta solitaria Tebaida deliciosa he encontrado un “sujeto sensitivo”, una muchacha de lo más notable que darse puede. Es una maravilla, y por su mediación tratamos esta noche, con su familia, de descubrir, mediante sus dotes clarividentes, el misterio que rodea a cierto asesinato.

– ¿De quién se trata? –pregunté curiosa.

–De una gitanilla rumana, quien parece se ha criado entre la familia del príncipe de Servía, aquel príncipe que ya no existe, porque pronto, hará dos años que fue asesinado del modo más miste… ¡Eh, diable, tened cuidado, que nos vamos a despeñar por ese precipicio! – se interrumpió a sí propio el francés, arrebatándome las riendas del caballo.

– ¿Acaso el príncipe Obrenovitch? –exclamé alarmadísima.

– ¡El mismo!, y como os digo –continuó el francés –pienso llegar junto a la aldea esta misma noche para ultimar allí una serie de sesiones de magnetismo, desarrollando con dicho fin una de las más admirables manifestaciones que yacen ocultas en el fondo de nuestro espíritu. Si os prestáis a acompañarme, podréis servir de intérprete, puesto que aquella familia no habla el francés.

A mí, con aquello, no me cabía la menor duda de que se trataba de Frosya y de que Gospoja P. la acompañaría, como así resultó bien pronto.

Caía la tarde y llegábamos a la falda de una montaña: le vieux château, como el buen francés dio en llamarla. En uno de aquellos sombríos albergues de la poética falda nos detuvimos, sentándonos en un rústico banco de la entrada. Mientras que mi compañero de viaje cuidaba galantemente de mi caballo, vi sobre un inseguro puentecillo de la torrentera vecina la figura espectral, pálida y alta de mi antigua amiga Gospoja P…, quien no pareció mostrar sorpresa alguna por ello. Al llegar a mí me saludó con el triple beso en ambas mejillas, característico de Servia, y me condujo cariñosamente a su choza de hiedra, donde, reclinada en una alfombrilla sobre la hierba y con la espalda contra la pared, reconocí a la joven Frosya…

Frosya vestía el clásico traje válaco; una especie de turbante de gasa con cintas y doradas medallitas; camisa blanca de mangas abiertas y falda de chillones colores. Su cara presentaba una palidez extremada, sus ojos cerrados, daban a su cuerpo ese aspecto de estatua peculiar a todos los sonámbulos clarividentes, hasta el punto de que, a no ser por el ritmo respiratorio de su pecho adornado de medallas y sartas de collares de cuentas, se la hubiera creído muerta. El francés me dijo que la había ya dormido de igual modo que la noche antes, y sin reparar más en nuestra presencia, les dio unos cuantos pases y la llevó al estado cataléptico. Cerróla después uno por uno los dedos de la derecha, salvo el índice, con el cual la hizo señalar a la estrella de la tarde, que lucía esplendorosa en el inmenso azul del cielo. Siguió así regulando los pases magnéticos y manejando los invisibles pero poderosos fluidos de Frosya como un hábil pintor que da los últimos toques a su cuadro. En aquel momento, la anciana le detuvo y le dijo en voz baja:

–Esperad a las nueve, a que se oculte el hermoso lucero. Los vurdalakis vagan en derredor y pueden contrarrestar nuestra influencia.

– ¿Qué es lo que decís? –opuso, contrariado, el magnetizador.

Yo le expliqué a éste entonces qué eran en Oriente los vurdalakis y su perniciosa intervención, tan temida por la anciana.

– ¡Vurdalakis! ¡Va! Harto tenemos ya con los espíritus cristianos que acaso nos honren esta noche con su visita.

La Gospoja se había tornado pálida como una muerta; su entrecejo tenía un fruncimiento pavoroso, y sus encendidos ojos chispeaban fatídicos.

–Decidle que no se caniche en momentos como los de estas horas nocturnas. –exclamó –Este señor no conoce el país y no sabe que hasta la misma santa iglesia de ahí enfrente sería impotente para protegernos contra la irritación de los vurdalakis.

Y, empujando con desagrado un manojo de hierbas que había dejado en el suelo el botánico francés, añadió:

– ¿Qué envoltorio es este? ¡Son plantas de verbena, la hierba de San Juan, que no deben dejarse aquí, so pena de atraer a los vagabundos vampiros!

La noche había ya extendido su manto por completo, y la luna, con su luz plateada de fantasmagóricos tintes, realzaba el misterioso ámbito del paisaje, en una de aquellas placideces del Banat que resultan tan hermosas casi corno las del Oriente. Nos hallábamos operando el fenómeno magnético, en medio de aquel campo, porque el pobre párroco de la aldea había dicho al magnetizador:

–Alejaos del lugar, no sea que invadan su recinto y el de la iglesia vuestros demonios extranjeros, contra los que, como extranjeros, no tendrán valor mis exorcismos.

El francés se había quitado su guardapolvo de viaje y arrollado las mangas de su camisa, tomando la actitud teatral tan del caso en semejantes operaciones magnetizadoras. Bajo sus dedos nerviosos, el fluido parecía resplandecer como luces fosfóricas. Frosya, cara a cara de la luna, nos dejaba ver todos sus movimientos convulsivos cual si de día fuese. Grandes goterones de sudor surgían de su frente, resbalando por sus demacradas mejillas. Seguidamente la muchacha inició un lento vaivén de inquietud, y comenzó a entonar una salmodia extraña, cuyas notas y palabras recogía ávida Gospoja, transformada en la estatua de la atención, con su dedo huesoso en los labios; los ojos saltándose de sus órbitas; su cuerpo inerte y una actitud de ansiedad indescriptible, formando con la joven Frosya un contraste digno de ser inmortalizado en un cuadro. Además, la escena toda que empezó seguidamente a desarrollarse, era harto digna de cualquiera de las más trágicas del Macbeth: la infeliz muchacha, retorciéndose atormentada bajo los tan invisibles corno poderosos fluidos que sobre ella descargaba su tiránico magnetizador, y de otro lado la vieja matrona, obsesionada por su sed ardiente de venganza, y esperando oír pronunciar, al fin, de un momento a otro, el nombre del asesino de su amado príncipe servio. Hasta el omnipotente magnetizador francés parecía transfigurado; erizada eléctricamente su nívea y rizada cabellera, y agigantada de un modo increíble su tosca y pequeña estatura. No había, pues, allí engaño ni teatralidad, sino una de las más estupendas y aterradoras experiencias de magnetismo nativo, bien por encima de los más altos conocimientos ocultistas del que la había provocado inconscientemente.

Súbito, como movida por un resorte y un poder sobrenaturales, Frosya se puso en pie; no aguardaba más para lanzarse hacia lo desconocido cual una autómata, que a recibir las órdenes del

que en aquellos instantes era su omnímodo dueño. Este, entonces, tomó solemnemente la mano de la Gospoja y, colocándola sobre la de la sonámbula, ordenó a esta última que obedeciese a aquélla.

– ¿Qué es lo que ves, hija mía? –murmuró ansiosamente la señora servia –¿Puede, acaso, tu espíritu, dar con los asesinos de nuestro príncipe y decirme sus nombres?

–¡Busca, pues, solícita, lo que la señora te manda! –ordenó a su vez, con firmeza, el magnetizador.

–Ya estoy en camino –exclamó débilmente la chiquilla con vocecita que, más que de sus labios, parecía salir de su doble y a corta distancia.

Imposible describir con acierto lo que en este momento aconteció. Algo así como una nube blanquecina e informe se fue condensando al lado de Frosya, envolviéndola primero con su azulada y metálica luz y destacándose claramente después a su lado con cárdenos, cloróticos destellos de relámpago, cual un cuerpo nuevo y brillante junto a cuerpo material, para separarse de éste al fin, coherente, semisólido y, después de flotar unos segundos sobre el espacio, lanzarse raudo y silencioso hacia el riachuelo, desapareciendo al fin corriente abajo en la lontananza, confundido con los rayos de la luna, cual jirón de niebla deshecho en noche otoñal.

No hay que añadir que la escena tenía absorbida todas mis potencias bajo un sopor de ensueño misterioso. ¡Veía, en efecto, desarrollarse ante mis ojos espantados nada menos que la evocación de los scinleca de Oriente! Dupotet tenía razón al afirmar, corno lo hizo, que el magnetismo occidental no es sino la magia consciente de los antiguos, y el espiritismo el inconsciente efecto de la misma magia sobra ciertos organismos neurasténicos.

Conviene añadir que, no bien el vaporoso doble astral de la joven se había desprendido de su cuerpo físico, la pérfida Gospoja, con un veloz movimiento de la mano que tenía libre, había sacado de debajo su abrigo y colocado en el seno de la magnetizada un pequeño estilete o puñal, todo con tal rapidez, que ni el mismo magnetizador se dio cuenta de ello, según me dijo luego. Siguió entonces un sepulcral silencio, en el que se oía casi el emocionado latido de nuestros respectivos corazones, mientras que nuestros cuerpos parecían haberse petrificado de sorpresa como el de la mujer de Lot. Más, a poco, la sonámbula lanzó un estridente grito que conmovió los ecos de la montaña, al par que se inclinaba hacia delante. Empuñando el huido estilete, comenzó a esgrimirle con saña a diestro y siniestro, en su alrededor, con la más salvaje sonrisa de la venganza satisfecha, en aquellos sus enemigos imaginarios, y lanzando espuma por la boca, al par que pronunciaba varias veces, entre incoherentes exclamaciones guturales, dos vulgares nombres cristianos de hombre…El magnetizador, al ver aquello, se había aterrado de tal forma que, en vez de descargar de fluidos a la sonámbula en aquella escena de angustia, la cargaba más y más de ellos, vigorizándola.

–¡Desgraciado, deteneos! – le grité exasperada –¡La vais a matar, si es que ella no llega a mataros!

El imprudente magnetizador, sin darse cuenta, había despertado, a no dudarlo, sutiles fuerzas o entidades de la Naturaleza Oculta sobré las que carecía de todo poder. La sonámbula misma, en su paroxismo homicida, le asestó con saña una tremenda puñalada que él pudo evitar dando oblicuamente un gran salto, pero no sin que recibiera un rasguño de consideración en el brazo derecho. Aterrado así el infeliz francés, trepó con la agilidad de un gato perseguido al muro vecino, en el que se puso a cabalgar a horcajadas, al par que, temblando aún de miedo, alcanzó a reunir los restos de su desecha voluntad para lograr que, al fin, soltase la muchacha el arma y quedase paralizada.

–¿Qué habéis hecho, desgraciada? –gritó entonces a Frosya el magnetizador en su nativa lengua francesa –¡Responded, claramente, al punto!

A lo que ésta contestó en el más correcto parisién con gran estupefacción mía, pues sabía que normalmente la chiquilla ignoraba aquella lengua:

–No he hecho otra cosa que…lo que ella me ha ordenado que hiciese, y eso porque vos mismo me habíais exigido que la obedeciese en todo…

–¿Pues qué es lo que os ha mandado hacer la vieja bruja? –añadió el francés irrespetuosamente.

–Que encontrase a los asesinos del príncipe de…y que, así que los viera, los matase, como lo acabo de hacer…¡Oh, qué felicidad; vengados, vengados al fin! –añadió ya en su propia lengua.

Una estruendosa exclamación triunfal de la Gospoja acogió estas últimas frases de la inconsciente sonámbula. Una carcajada infernal de venganza satisfecha, carcajada que hizo ladrar lúgubremente a todos los perros de los contornos.

–Vengada, sí, vengada; ¡lo sabía! Mi corazón no me engaña al decirme que aquellos infames criminales han dejado ya de existir –exclamó –y cayó al suelo agotada de nervios, arrastrando con ella a la sonámbula.

–¡Oh, y qué buen sujeto de experiencias es esta muchacha! –dijo el pobre francés, bien ajeno al verdadero desenlace de aquella inocente práctica de magia de mala ley –¡Peligrosa sí, pero admirable! –terminó frotándose las manos contentísimo.

De allí a pocas horas me separé del pobre francés, de la Gospoja y de Frosya. Tres días más tarde me hallaba en el comedor de un buen hotel en T…esperando que me sirviesen el desayuno. Mi vista se fijó distraídamente en un periódico, donde con sorpresa inaudita leí:

“Dos muertes misteriosas.”

Viena…

Anoche a las nueve y cuarenta y cinco minutos, cuando el Príncipe se retiraba a su cámara, dos señores de su séquito dieron las más vivas muestras de angustioso terror, tambaleándose como ebrios por el ámbito de la cámara, cual si pretendiesen esquivar los golpes de un invisible asesino. Incapacitados de prestar atención a las preguntas del Príncipe y del resto de los circunstantes, cayeron prontamente en el suelo en medio de una extraña agonía. Sus cuerpos no mostraban señal alguna de heridas ni de aplopejía, y sí sólo en la piel unas manchas grandes y negruzcas, cual de unas absurdas puñaladas que hubiesen. desgarrado las carnes sin tocar a la epidermis. La autopsia ha mostrado en aquellas heridas llenas de sangre coagulada, la huella de un instrumento punzante, un puñal o la punta de una espada. La Facultad de Medicina se ve obligada a confesarse incapaz de descifrar tamaño enigma científico. En las altas esferas reina gran excitación con este motivo…"

LA MANO MISTERIOSA

Acabábamos de almorzar, y en esas horas de modorra de la siesta nos hallábamos varios amigos reposando sobre nuestras mecedoras en la galería de nuestra residencia veraniega inmediata a San Petersburgo. La atmósfera caliginosa presagiaba tempestad, el sol quemaba y reinaba en torno nuestro la inmovilidad y el silencio más completo.

La dueña de la casa, María Nicolaevne, leía en voz alta uno de los más curiosos relatos publicados en diferentes diarios y revistas rusas, por H. P. Blavatsky, bajo su pseudónimo de Radha Bai. El relato se refería a Las azules montañas de Nilgiri, en la India. Todos escuchábamos embelesados a María, quien leía con entusiasmo aquellas preciosidades, gesticulando y deteniéndose de cuando en cuando para hacer observaciones o contestar a las que se le hacían. Necesitada, al fin, de un descanso en la lectura, abandonó un momento. el libro, exclamando:

–¡Cuán maravilloso es todo esto!

–Cierto –replicó escéptico un caballero de los de la concurrencia –todo cuanto nos narra Radha Bai acerca de las hechicerías aterradoras de los Mula–Kurumba de aquellas montañas, es muy hermoso, pero, pura invención; meros cuentos de hadas, para niños.

Aquella dura frase nos desagradó a todos, pero a quien más exasperó fue a María Nikolaevne, la cual, en brusco movimiento nervioso, se dejó caer los lentes. La burlona indicación procedía del elocuente e infatigable orador ruso Pietre Petrovitch.

–Antes de expresaros así –le contestó la dama –necesitaríais, querido Petrovitch, leer por entero la obra con todas las mil citas eruditas que la avaloran, citas que…

–Yo me permitiría, sin embargo, preguntar una cosa –interrumpió obstinadamente el notable orador –¿Cómo sabe usted, señora, que tales referencias no son fantasmagorías de algún pobre pseudo–sabio hindú? ¿Cómo admite tan de ligero las citas de autores ingleses y de otros países, que se hacen en el libro, ni si tienen ellos o no, en último extremo, la autoridad debida?

–Perdóneme, querido amigo. Radha Bai no ha escrito estas páginas sólo para usted y para mí, sino para públicos agresivos y de diferentes opiniones. Yo la conozco bien y sé que no ha pensado jamás en engañar a su amado público ruso, ni a los demás públicos serios para los que con tanta frecuencia escribe. Puedo citar, además, acerca de estos mismos asuntos a un testigo veraz y que está bien vivo…

–La opinión es libre, señora. Usted puede muy bien creer, a ojos cerrados, todas estas cosas, pero a mí, por mi parte, también me es lícito el deputarlas como una completa sarta de embustes y…

Acaeció entonces una cosa singularísima e inexplicable. Al pronunciar el señor Pietre Petrovitch aquella última palabra “embuste”, dio un repentino salto sobre su asiento cual si le hubiese mordido una víbora. Seguidamente echó a correr escalera abajo como un loco; requisó todos los objetos debajo la galería; examinó uno por uno, con minucioso esmero, todos los macizos del jardín, y, pálido como un muerto, retornó a nuestro lado, en la terraza.

–¿Qué es lo que le ocurre, amigo? –exclamó alarmada e intentando socorrerle, María Nikolaevne Petrovitch no contestó, sino que revisó segunda vez los peldaños de la escalera, los techos, y todo, en fin, y hasta recorrió con mirada escrutadora los últimos confines del bosque.

–Pero, ¿qué es lo que está usted buscando, en fin?–exclamamos todos exasperados.

–No, nada…–dijo vacilante el doctor Pietre, con voz imperceptible y enjugándose las gruesas gotas de sudor frío que brotaban de su frente –Acaso se trata de una broma que…

–¿Una broma? –insistimos, llenos de extrañeza.

–Pero, en serio, ¿es que no han visto ustedes realmente a nadie? acabó por preguntar, ansioso, nuestro hombre.

Unos a otros nos miramos todos entonces, como dudando de lo que oíamos y hasta temiendo por la razón del escéptico amigo. Después respondimos a una:

–No; no hemos visto a nadie, fuera de los aquí presentes, desde hace rato.

–¡Pues yo sí que he visto a alguien! –balbuceó el doctor…¡Y he visto y tocado una mano también! Una mano que…

–¿Qué es lo que decís?…

–Sí; que he visto una mano, indudablemente de mujer; una mano blanca, aristocrática y transparente cruzada por venas azules. juraría corno que alguien que hubiese venido no sé cómo del jardín frontero me hubiese cogido familiarmente por el brazo, apretándomelo hasta tres veces, cual si

tratase de arrastrarme hacia afuera de la galería…Tal decía, respirando con dificultad y pálido como la cera, el bueno de Pietre Petrovitch.

–Sin duda lo ha soñado –le dijimos para tranquilizarle.

–No lo sé si ha sido visión o ensueño –añadió –lo que sí sé es que he tenido el tiempo suficiente para examinar la mano por completo, pues que ha permanecido algunos segundos asida a mi brazo corno unas tenazas, y acabando por fundirse en mi brazo como un efluvio nervioso o eléctrico.

–Esta es buena lección, sin duda –arguyó la señora Nikolaevne solemnemente –Sabed que es la propia forma astral de Radha Bai la que se le ha mostrado y le ha cogido por el brazo para hacerle a usted la cariñosa advertencia de que se abstenga de calumniarla ante las gentes en lo sucesivo.

El aspecto de Pietre Petrovitch era el de un hombre atontado; entenebrecido como ante realidades de un orden muy superior a cuanto buenamente imaginase nunca. Distraído, absorto, y como si aun le durase el astral contacto de la mano, examinaba una y otra vez la manga de su chaqueta Luego tornó a su búsqueda por el jardín, como un hombre maniático que trata de perseguir la sombra de lo que ya no existe…Todos le seguimos…

Entretanto, la tensión eléctrica se había hecho insoportable. Fulguró el relámpago, estalló instantáneo un horrísono trueno, y vimos caer al par casi sobre nuestras cabezas el rayo…Un momento más, y todo el alero del tejado de la casa que acabábamos de abandonar, se desplomó con estrépito sobre la galería aquella, en la que un momento antes estábamos leyendo la mágica obra de Radha–Baf…

En medio del terror que nos inmovilizó a todos en el jardín, se oía la entrecortada voz de angustia de Pietre Petrovitch, que decía ya con patéticos acentos de convencido:

–¡La mano! ¡Sí; su mano aristocrática e inconfundible, que me quería arrastrar fuera de la galería para salvarme y salvarles del peligro…!

–Todos asentimos de corazón, aterrados y sin decir palabra. En efecto, ¡era demasiado elocuente todo aquello para ser frívolamente considerado!